



AÑO II

← BARCELONA 13 DE AGOSTO DE 1883 →

NUM. 85



HAYDÉE, dibujo por R. Taylor

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—NUESTROS GRABADOS.—LAS CASTAÑUELAS DE PEPA, por don Manuel Fernández y González.—EL HADA DE LA FUENTE, por don F. Moreno Godino.—CRÓNICA CIENTÍFICA: *Las ondas y los olores*, por don Enrique Serrano Fatigati.

GRABADOS.—HAYDÉE, dibujo por R. Taylor.—EL GORILA, dibujo por Specht.—LOS MISMOS EN TODAS PARTES, dibujo por A. Fabrés.—JUANA GRAY EN LA TORRE DE LONDRES, dibujo por Barzaghi-Cattaneo.—Lámina suelta: CONTRIBUCION DE GUERRA IMPUESTA A LA CIUDAD DE WISBY EN 1361, cuadro por Carlos G. Heliquist.

REVISTA DE MADRID

¡Ojo al alcalde!—La eterna cuestión de subsistencias.—Jehová y los tahoneros.—La sección de consejos en los periódicos.—Tareas del concejal.—La misión de la prensa.—Proposiciones extraordinarias.—¡Al pan, pan; y al ladrón, ladrón!—Los concejales *Delgados*.

Todo el mundo tiene la vista puesta en los concejales. Es cosa difícil ser individuo del Ayuntamiento.

No pasa día sin que multitud de periódicos aconsejen al señor Alcalde las precauciones y las medidas que ha de tomar para que Madrid quede convertido en una población buena, bonita y barata.

¡Cosa extraña! El mal no es de ahora solamente.

Siempre hubo pugna y disenso entre el expendedor del pan y el individuo que lo compra.

¡Decidme si recordáis algún momento en que el consumidor se haya visto en el caso de elogiar la magnanimidad y la justicia del tahonero!

No hallaréis seguramente este dato histórico mezclado con las mil nociones de hechos pasados que se conservan en vuestra memoria.

Nunca habéis sabido, ni por la tradición, ni por la lectura de crónicas antiguas, que pueblo alguno haya tenido que reconocer por innegable imposición de la evidencia que los suministradores de los artículos de primera necesidad eran razonables en su comercio y equitativos en su ganancia.

Jamás ha dicho el pueblo reunido:

—La virtud es el privilegio de los que venden objetos comestibles. Esa raza desprendida y heroica merece que la humanidad le tribute honores. Ellos se contentan con una ganancia mínima; ellos no venden ningún artículo sin que posea las condiciones de madurez, frescura y salubridad exigidas por los más elementales tratados de higiene; ellos no merman su mercancía, antes al contrario, más bien se exceden a favor del público en el peso y en la medida... Son dignos de que les elevemos un monumento que recuerde su grandeza de alma. ¡Ensalcedmoslos, glorifiquémoslos, para estímulo y enseñanza de las generaciones venideras!

Nunca se ha podido decir eso.

El Dios de los tiempos bíblicos surtía de *maná* gratis a su pueblo escogido.

El Dios de los cristianos reparte todas las mañanas el pan nuestro de cada día.

Pero los vendedores de ese artículo de primera necesidad no han entrado aún en la categoría de dioses. Son simples mortales con codicia y con afán de medro; y aunque tienen afición a mantener el precio del pan a la altura de las nubes son muy apegados a los intereses de la tierra.

Siempre ha existido, pues, discordancia entre el consumidor y el tahonero; pero nunca se ha fijado la opinión pública con la tenacidad de ahora en esa cuestión capital del alimento de los pueblos.

En los periódicos se ha introducido una sección de consejos al Ayuntamiento, diaria, infinita, inagotable.

El concejal que quiera satisfacer los deseos de sus administrados tiene que constituirse día y noche en perpetuo vigilante.

Lo primero que hace al levantarse de la cama es echar una ojeada sobre los consejos del día:

Abre su periódico y se encuentra en seguida con lo siguiente:

Aconsejamos al señor Alcalde que mande girar una visita a este y aquel establecimiento... que cuide de las buenas condiciones de las carnes, de que el vino, la leche y otros artículos no se vendan adulterados... de que se quite tal ó cual foco de infección que existe en esta ó la otra parte... que vea en los mercados el estado de las frutas... que inspeccione la calidad del pan y su peso exacto... etc., etc.

Todos estos consejos se hallan muy puestos en razón y constituyen una prueba de lo que yo he dicho alguna otra vez en estas mismas revistas escritas de pura impresión sobre los acontecimientos del día.

Esto es; demuestran que la prensa periódica tiene otra misión más elevada y más provechosa que la de armar la zancadilla a los ministerios; y consiste en velar por los intereses públicos y levantar el nivel moral de las sociedades.

Pero, una vez reconocido esto, me hace falta preguntar:

—¿Es que los concejales no saben por sí mismos la obligación de su cargo, y tienen necesidad, como los ni-

ños a quienes se guía por el buen camino, de que los periódicos les indiquen lo que han de hacer para cumplir dignamente su cometido?

Las excitaciones públicas, sin embargo, producen su efecto.

Cada concejal se propone ser un poderoso elemento que barra de Madrid la multitud de cosas insanas que por aquí pululan.

Andando por este camino, yo creo que algún día se han de acabar los consejos.

Llegará tal vez el momento en que los periódicos no puedan aconsejar nada.

¡Y entonces será ella!

El regente de algunas redacciones entrará en la habitación del director a última hora, diciendo:

—¡Falta media columna de original!

—¡Hombre!... ¡Falta todavía!

—Sí, señor; y los cajistas están parados.

El director tocará el timbre.

—Vamos a ver,—dirá al confeccionador del periódico.

—¿Hay algo de cólera?

—Lo mismo de siempre. Una baraja de nombres egipcios; números de defunciones mil veces repetidas. La relación de un nuevo preservativo. Cartas de un hombre científico de Rusia, de otro no menos científico de Alemania, de otra lumbrera de la ciencia italiana, y de otra ilustración académica francesa.... Además hay la opinión de un hombre de Estado inglés sobre la ineficacia de las cuarentenas.... ¡Todo se ha dado!

—¿No se puede alargar nada?

—Imposible, se ha estirado todo lo que se ha podido.

El director se rascará la frente.

Luégo dirá:

—¿Y con lo de Ischia, no se podría hacer media columna?

—No es fácil.... Se han llenado ya ocho cuartillas de escombros y dos ó tres de cadáveres....

—¡Malo!... ¡malo! ¿No ha habido hoy ningún incendio?

—Yo me he inflamado con los ojos de una morena....

—¡Déjese V. de bromas!

—El viaducto de la calle de Segovia no ha sido cómplice de ningún suicidio.

—Nadie se ha tirado por él.... Ese viaducto se ha declarado en huelga.

El director reflexionará un rato.

Después dirá:

—Haga V. unos consejos.

—El de ministros ya está dado.

—No, hombre, no; consejos al Ayuntamiento.

Aconseje V. cosas raras, puesto que la tal sección está ya completamente agotada. Diga V.:

1.º Que el Ayuntamiento debe tratar de canalizar el Manzanares.

2.º Que sería conveniente estudiar el proyecto de convertir a Madrid en puerto de mar. Y haga V. aquí algunas consideraciones sobre la importancia del comercio marítimo y de la pesca.

3.º Que no se debería permitir por las calles de Madrid el tránsito de ningún perro sin que fuera atado con longanizas.

4.º Que se rieguen las calles con agua de Colonia, para hacer frente a los malos olores.

5.º Que en las proyectadas plantaciones de árboles se otorgue la preferencia a los olmos que den peras....

Y todo lo demás que a V. se le ocurra.

La predilección de las sesiones del Ayuntamiento ha consistido en el asunto del pan falta de peso.

¡Válgame Dios! Lo que cuesta en este país dar a las cosas su verdadero nombre.

Si un pobre, hambriento, penetra en una tahona y se lleva un panecillo para alimentarse a sí mismo ó para dar de comer a sus hijos, a buen seguro que el tahonero saldrá a la calle gritando: ¡Al ladrón!... ¡al ladrón!

Y el infeliz hambriento irá por de pronto a comer a la cárcel.

Pero volvamos la oración por pasiva. Supongamos que ese pobre tiene lo suficiente para comprar unas libras de pan.

Entra en la tahona, toma su mercancía, la paga equitativamente; y luégo descubre que al pan que acaba de comprar le faltan algunas onzas....

En este caso el tahonero es, a lo más, calificado de defraudador.

¿De qué nos sirve el diccionario de la Academia Española?

¡No seamos metafóricos! Acostumbrémonos a expresar las cosas con justicia y claridad.

Llamemos al pan, pan; y al ladrón, ladrón.

Y castigémosle como a tal, cualquiera que sea el que incurra en la pena.

Último eco del municipio:

Hay en el Ayuntamiento un individuo que es poeta. Se llama Jiménez Delgado.

Excusado es decir que en casi todas las sesiones hace uso de la palabra.

Los poetas suelen ser verbosos. Jiménez Delgado,

muestra, además de inspiración, buen sentido. Aboga con tono apocalíptico por las reformas útiles.

El otro día un periódico dijo que el tal poeta pedía que se sometiera a los *defraudadores* a la acción de los tribunales.

Parece, sin embargo, que no había sido él quien propuso esa medida.

Se ha hecho una rectificación. No es el señor Jiménez Delgado sino el señor Miranda Delgado.

—¡Lo mismo da!—dijo uno.

Es que en el Ayuntamiento hay dos Delgados. ¡Naturalmente!

¡Efectos del pan mermado de peso! Si no se pone remedio, la delgadez nos atacará a todos.

En esta cuestión de alimento público hay que hilar.... muy *delgado*.

PEDRO BOFILL

Madrid 12 agosto de 1883

NUESTROS GRABADOS

HAYDÉE, dibujo por R. Taylor

La Haydée de nuestro cuadro puede ser la protagonista de la ópera de su nombre. Hasta aquí nada de particular; una mujer joven, hermosa, de tipo y traje oriental.

Pero esa insistencia de nuestros artistas contemporáneos a inspirarse en personajes y costumbres asiáticas y africanas ¿es simple capricho, afición ó moda inconsciente; ó puede obedecer a ese impulso, propio de los poetas y de los pintores, que, sin darse cuenta de ello, vienen a ser unos profetas mal comprendidos?

¿Será que, a fuerza de llamar la atención hacia el Asia y el Africa, adviertan a la Europa que su porvenir se encuentra en esas partes del mundo, a donde apenas ha llegado la civilización en estado embrionario?

Es verdaderamente notable esa tendencia artística, y ¿quién sabe?... Un lienzo de mano maestra, una poesía inspirada, pueden abrir nuevos horizontes a un pueblo impresionable. Europa tiene interés manifiesto en Asia y Africa; y sus pintores, como si lo tomaran a empeño, ponen constantemente ante sus ojos ejemplares de esos países poco conocidos, tan despreciados digámoslo así; y donde, a pesar de todo, existe el *mañana* de nuestras orgullosas razas, condenadas a fallecer de miseria, si el Asia y el Africa no concurren a su engrandecimiento.... La vieja Europa se parece a uno de esos nobles arruinados, que por no exhibir sus necesidades, se dejan morir de hambre en el fondo de sus inútiles castillos....

Créame mis lectores; el genio es un estadista, un estadista que obra por sentimiento, por intuición, por el *algo divino* que todos reconocemos en él. No es tan infalible la diplomacia oficial que no deba merecer nuestra atención la diplomacia del arte....

EL GORILA, dibujo por Specht

El gorila fué descubierto en 1849, y podemos añadir que descubierto en mal hora. Ni los hombres ni los animales deben estarle poco ni mucho agradecidos. Por de pronto desbancó en la supremacía de los irracionales al orangután, al chimpanzé y al gibbon; al paso que su estructura y costumbres dieron nuevos argumentos a esos señores naturalistas que nos dispensan el *honor* de suponernos una variante de esos cuadrumanos. Dígasenos si con semejantes consecuencias, no es justo que animales y hombres califiquen de calamidad la aparición del gorila.

Por nuestra parte, a la simple vista de ese mono gigante, tan repulsivamente feo, protestamos de toda analogía con ese monstruo espantable de la costa occidental de Africa. Si a algún sabio, por razones que a él le parezcan bastantes, se le ocurre incluir semejante adefesio en el árbol genealógico de su familia, con su pan se lo coma, ó mejor dicho, se lo coma con las plantas y frutos silvestres de que se alimenta su presunto ascendiente.

Nosotros somos más presuntuosos, y de acuerdo con nuestras creencias religiosas y con las demostraciones de una ciencia menos condescendiente, sostenemos ser ejemplares de una especie única, de la cual forman parte, y por cierto parte escogida, nuestras lindas suscritoras, tesoro de la familia, encanto de los salones y flores de los paseos, que nunca nos perdonarían (y obrarían cuerda-mente) el haber sospechado siquiera que tanta virtud, tanto talento y gracias tantas, procedieran de ese gorila inmundo, que podrá ser el más diestro de los cuadrumanos, sin dejar de ser el más feo de los irracionales.

LOS MISMOS EN TODAS PARTES, dibujo por A. Fabrés

Pero señor, ¿qué tendrá de particular el uniforme de los militares que hasta tal punto es simpático a las maritornes?... La escena que Fabrés ha dibujado en Roma, puede copiarse del natural en cualquiera ciudad ó aldea que tenga poca ó mucha guarnición. Donde quiera que echan raíces los pies de un hijo de Marte, a su sombra aparece indefectiblemente una Vénus de fregadero.

Cierto que hay uniformes vistosos y que tal simple soldado ha llenado el mundo con el eco de su nombre: Kleber, Espartero y tantos y tantos otros ilustres generales han sido viviente ejemplo de que todo lo pueden el valor, el estudio y la constancia en los empeños. Sin embargo, no es este el secreto de la seducción ejercida por la milicia sobre una parte de la humanidad femenina.

Entre la fámula y el soldado deben existir corrientes especiales, flúidos misteriosos que hablan al cuartel de la cocina y a la cocina del cuartel. Esas corrientes, esos flúidos producen á lo sumo algun aligeramiento en el cesto de la compra; pero no es imposible que en un momento dado, determinen un verdadero trastorno en las leyes de la ordenanza ó de la economía doméstica.

En tales casos, unos días de calabozo ó una despedida á raja tablas se encargan de demostrar á Marte y Vénus que en el jardín del amor, como en los jardines más vulgares, las rosas tienen sus correspondientes espinas.

JUANA GRAY EN LA TORRE DE LONDRES dibujo por Barzaghi-Cattaneo

Juana Gray es una de las víctimas de la ambición humana más inocentes y más simpáticas. A los diez y siete años y despues de un reinado tan efímero que sólo duró nueve días, fué decapitada de órden de su triunfante rival María Tudor. La infeliz Juana, nacida en 1537, era biznieta del rey de Inglaterra Enrique VII. A la muerte de Eduardo VI se vió que este monarca la legaba el trono, quizás sugerido por el duque de Northumberland, cuyo hijo, el duque de Guildford, habia contraído matrimonio con Juana. Los partidarios de María Tudor, hermana de Eduardo VI, protestaron contra el testamento de este soberano, y alzando pendones por María, se dieron tanta diligencia, que en pocos días, casi en horas, destronaron y prendieron á la sucesora de Enrique VII. La última escena de este lúgubre drama tuvo lugar, como hemos dicho, en lo alto de un cadalso, al que subió la desgraciada niña con su esposo y padre político, á quien la historia considera causante principal de esta hecatombe.

El autor del cuadro que publicamos ha interpretado de una manera admirable la interesante figura de esta reina de nueve días, que desde un dorado alcázar se encuentra aprisionada en estrecha y lúgubre torre, sospechando el trágico fin que en breve le espera. El ave, hambrienta de aire y de libertad, quiere romper los hierros de su jaula; mas ¡ay! que esos hierros los ha fabricado la venganza y no los dobla ni la desdicha ni la desesperación. Las reinas de Inglaterra han sido implacables en sus odios. ¡María Tudor es la precursora de Isabel! Juana Gray es el espejo ensangrentado de María Stuart.

CONTRIBUCION DE GUERRA IMPUESTA Á LA CIUDAD DE WISBY EN 1361 cuadro por Cárlos G. Heliquist

Deseoso el rey Waldemar IV de Dinamarca, como la mayor parte de sus antecesores, de reunir bajo su cetro todos los países escandinavos, declaró la guerra á los suecos, y en 1361 venció por dos veces á las tropas de la ciudad anseática de Wisby, de la cual se apoderó. En lugar de abandonarla al saqueo de sus soldados ó de entregarla á las llamas, como era costumbre en aquella turbulenta época, Waldemar, más previsora y positivista, se contentó con imponer á la ciudad una fuerte contribucion de guerra, á cuyo efecto, mandó levantar un trono en la plaza pública, y colocar delante de él tres grandes toneles, ordenando que los habitantes de la vencida Wisby los colmaran con su dinero y alhajas. El cuadro representa el momento en que obedeciendo estos el mandato del monarca danés, acuden de grado ó por fuerza, á depositar en dichos toneles sus objetos más preciosos.

Como reproduccion de un asunto histórico, la obra del jóven pintor sueco es una maravilla de verdad, no ya en la expresion de las rudas fisonomías de los guerreros septentrionales del siglo XIV, sino en los trajes, en los edificios y hasta en los más insignificantes accesorios, revelándose en todo el conjunto el concienzudo estudio que ha hecho el artista de lo perteneciente á aquella época. Por esta razon, y por lo vigoroso del colorido, lo correcto del dibujo y la bien entendida colocacion de las figuras, este cuadro ha llamado poderosamente la atencion en la Exposicion recién celebrada en París.

LAS CASTAÑUELAS DE PEPA

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

I

Ninguna belleza más seductora, más elegante y aún pudiéramos decir más coqueta, que la naturaleza en regiones tan encantadoras como las de Andalucía.

Ningun traje tan elegante como ese tapiz de césped sembrado de flores, que se pliega caprichosamente en las accidentaciones del terreno.

Ninguna cabellera tan opulenta, tan bella, como esas espesuras que ondulan sobre las lomas.

Ninguna diadema tan rica como la de zafiro, que rodea la vega, determinada por los dentellones de las distantes sierras.

Ningun diamante como el hielo eterno que brilla en el verano en la altísima punta de Sierra Nevada.

Ningun bordado, ningun prendido como el de las flores.

Ninguna franja como la de plata de los arroyos.

Ningun encaje como el de las cascadas.

Ninguna melancolía como la de la selva.

Nada tan fresco y tan perfumado y tan jóven.

Y añadid á esto el gemido del viento, el murmullo de las hojas, el canto de las aves, el balido de las ovejas, el ladrido del perro que las guarda, el canto del pastor, el zumbido de los insectos, el conjunto, en fin, que determina la voz múltiple, infinita, dulce, armoniosa, del espacio, de los árboles, de las corrientes, de las aves, de los animales, de los insectos.

¡Oh! ¡sí! la naturaleza, en la prodigiosa tierra de Granada, tiene todas las seducciones de las grandes hermosuras, y como ellas tiene también su ira.

Y como ellas desencadena la tempestad.

Y como ellas tiene el trueno, el relámpago y el rayo.

Se engalana como ellas, rie como ellas, como ellas se irrita, y como ellas seduce.

II

Las Angosturas del Darro, en el lugar en que apresura su límpida y undosa corriente al pié del empinado Sacro Monte, en que se asienta la colegiata Seminario de San Cecilio, no podían ser más encantadoras.

El río que en el verano no es más que un grande arroyo, saltaba sobre unas piedras riscosas de un color de perla gris que se levantaban en medio de un pequeño ensanchamiento tapizado de césped y flores.

Grandes, esbeltos y graciosos álamos negros que cruzaban sus copas, determinaban el mareo opulento de aquel fresco y sombrero lugar.

La estrecha y profunda cortadura por donde entre los cerros corría el Darro, se prolongaba festonada por sombrosos cármenes, que acá y allá se comunicaban por medio de puentes rústicos formados con troncos de árboles.

El sol bañaba con sus últimos rayos la parte alta del Sacro Monte, dando á las hojas de sus árboles frutales un bello y vivísimo color de rosa.

Abajo, en la angostura la luz era blanda y fantástica.

Entre los árboles se determinaban penumbras caprichosas.

Allá en los fondos dominaba la sombra.

El aire era tibio y leve y el ambiente perfumado.

De tiempo en tiempo se oía el melancólico canto de un ruiseñor.

III

En el lugar que describimos, se acercaban de tal manera los flancos de la cortadura por cuyo fondo saltaba el río en la parte de arriba del ensanchamiento, que un puente no muy largo de troncos, con balaustradas de ramas, ponía en comunicacion el un lado con el otro.

Sobre la cortadura, á la izquierda de la corriente, se veía con sus paredes blancas, sus persianas verdes, sus techos de tejas rojizas y su gran emparrado sobre una especie de glorieta empedrada de fino, con una fuente de mármol en el centro rodeada de tiestos de flores, una de esas posesiones deliciosas que en Granada se llaman cármenes y que más ó menos extensos son á la par un jardín y una huerta.

Los cármenes de las Angosturas del Darro son incomparables.

Imposibles de describir.
Pequeños paraísos.

IV

Al otro lado de la cortadura, á la derecha del río se empinaba el cerro.

Senderos orlados de higueras chumbas ó nopales y agudas pitas, serpeaban por la vertiente, dando acceso á una multitud de mesetas que se iban elevando hasta el pendiente camino del Sacro Monte.

En cada una de estas mesetas habia una cueva. Cada una de estas cuevas tenia un corral y un huertecillo.

Aquellas cuevas eran viviendas.
Los que las habitaban gitanos.

La mayor parte de estos gitanos eran herreros forjadores de herraduras y clavos.

Estas cuevas que tienen en la entrada una puerta, y junto á ella generalmente una ventana enrejada de madera, están en su parte interior blanqueadas con cal.

La fragua que podía ennegrecerlas está fuera bajo un sotechado casi al aire libre.

Estas cuevas en su parte interior tienen senos más ó menos grandes que sirven de dormitorios.

Los que viven con cierta comodidad cubren estos dormitorios con una cortina de lienzo blanco.

Las familias de los gitanos son numerosas.

Sin embargo se acomodan perfectamente en sus cuevas.

Hay en ellas aseo, y comodidad, y aún lujo.
Comodidad y lujo *sui generis*.

Todos trabajan: todos ganan.

Los hombres como herreros ó chalanos.

Las mujeres yendo á la ciudad á vender las paletas, las trévedes ó las parrillas que forjan los hombres y cordones de pelo, y cestas de mimbre, y libritos de los Santos Evangelios y diciendo la buena ventura ó echando las cartas.

Ellos son cuatrerros, grandes ladrones de caballerías, pero jamás, sino con raras excepciones, se les cogerá en otro género de hurtos.

Ellas son honradas, y no se da jamás caso de que tengan amores con los *castellanos*, que así llaman á todos los que no son gitanos.

Son todos ellos zalameros, ponderativos, embusteros, alharaquientos.

Se ayudan mutuamente con una fraternidad, con un espíritu de raza admirables.

Cuando alguno cae preso todos se desviven por ayudarle.

Por hacer que el escribano eche polvos blancos á las declaraciones, ó si la causa es tan grave que no admite compostura por procurar su evasión al preso.

Tienen costumbres extrañas.

Prácticas misteriosas.

Hablan una jerga mezcla de castellano y *caló*.

Cuando hablan *caló* puro es necesario haberlos tratado mucho y ser muy prácticos para comprenderlos.

Los hay entre ellos que son unos admirables mozos y no es raro encontrar gitanas de una hermosura irresistible.

Ellos y ellas visten de una manera bizarra.

Son muy aficionados á los colores vivos y á las alhajas.

Las gitanas ricas se cubren la garganta de cadenas, de collares, de gargantillas, lo uno sobre lo otro. Llevan grandes arracadas, peineta dorada, moño en la castaña y cuajadas las manos de sortijas.

Las que no pueden llevar finos estos relumbrones los llevan de quincalla.

Pero siempre el efecto es el mismo.

Resplandeciente, llamativo.

Todos y todas tocan la guitarra, cantan y bailan á maravilla.

Son gente alegre y chistosa y aún en sus duelos tienen una especie de gracia por lo hiperbólico de sus declamaciones, que harían reír sin la causa que las produce.

Son católicos apostólicos romanos, y sin embargo se entregan á prácticas tradicionales de una religion misteriosa.

Esto por supuesto cuando no hay entre ellos ningún extraño, y cuando de nadie pueden ser oídos ó observados.

En Granada hay gran número de ellos, y habitan ya en la larga pendiente que hay desde la cuesta del Chapiz hasta el Sacro Monte, ya en la parroquia de San Cristóbal, ya en la de San Cecilio, ya en fin, y estos son los más pobres, en las cuevas del Rabel á la izquierda del cerro de San Miguel, mirando hacia Sierra Nevada.

Casi sin excepcion en las cuevas que hay en el accidentado terreno de los alrededores de Granada sólo habitan ellos.

Ninguna de estas cuevas son naturales.

Todas han sido abiertas en los flancos de los cerros sobre las cañadas.

Este género de vivienda primitiva es la que se puede obtener con menos gasto.

V

En la primera meseta que se encontraba cerca del puente rústico del cármén de que ya hemos hablado, habia una gran cueva.

En su género hubiera podido llamársela palacio. Tenia una sucesion de espacios, á que daban luz perforaciones que servían de ventanas.

Una larga cuadra, encerraba ganado caballar y mular.

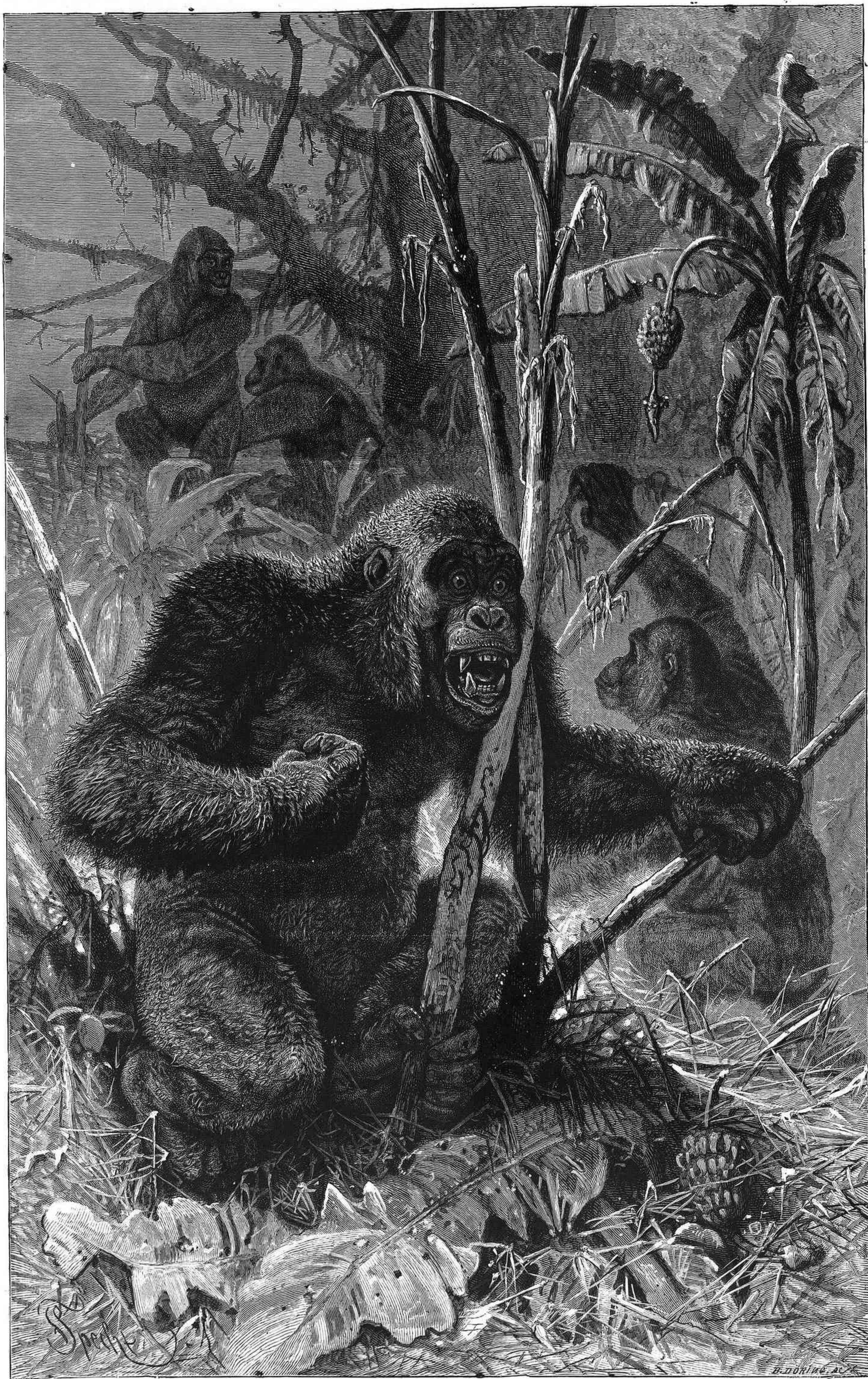
El tío Labrito, encubría con su profesion de chalan, otras industrias que eran las que habian hecho y aumentaban de día en día su fortuna.

Industrias secretas que puestas en claro le hubieran llevado á las manos del *buchi* (*verdugo*).

Murmurábase, sin embargo, entre la gitanería, pero en voz baja, que el origen de la fortuna del tío Labrito habia que buscarla en la perla de las gitanas del Sacro Monte, en Pepa la *Barbali* (la magnífica).

Era esta una jóven como de veinte años, y contrariamente á lo comun en la raza *flamenca*, era blanca como el nácar y rubia como el oro: verdad es que tenia un par de ojos negros como la *mora* y lucientes como el sol, que no tenían nada que envidiar á los ojos más gitanos del mundo y un aliento que no habia quien la espantase ni peligro que temiese.

Ni siquiera los muertos la daban *gindama* (miedo)



EL GORILA, dibujo por Specht



CONTRIBUCION DE GUERRA IMPUESTA Á LA CIUDAD DE WISBY EN 1361 POR WALDEMARO ATTERDAG, REY DE DINAMARCA,
CUADRO POR CÁRLOS G. HELLQUIST



LOS MISMOS EN TODAS PARTES, dibujo por A. Fabrès

cuando es sabido el horror que los *cañis* (gitanos) tienen a los *mulós* (difuntos).

Todo esto era extraño y un conocedor podía poner muy en duda con gran fundamento la legitimidad gitana de la Barbalí.

VI

Decían algunos viejos del aduar, que veinte años antes cuando María la Cuatrina mujer del tío Labrito no podía tener ya esperanzas de que Dios la diese hijos, y más no habiéndolos tenido nunca, había empezado a engordar, que ya bastante gruesa se la había llevado su marido a Murcia, y que a los tres meses había vuelto sin grosura y con una hermosa niña recién nacida.

Hubo además la circunstancia de que, siendo muy pobre el tío Labrito, había vuelto cargado como quien dice de *parpayas* (onzas de oro); él decía que había hecho un buen negocio de ganado, y aunque todos sospecharon que aquello tenía que ver con la niña que había traído y que allí había mucha historia, todos *achantaron el mirlo*; es decir se callaron, porque el tío Labrito, que estaba en toda su fuerza, como que no pasaba de los cuarenta años, tenía muy mal genio, era muy malo con la *orate* (sangre) negra, y le daba una doble *mojada* (puñalada) de tijeras al lucero del alba por quitarme allá esas pajas.

Se acostumbraron al fin, se fué gastando la murmuración, y todos miraron a Pepita la Barbalí como hija legítima del tío Labrito y de María la Cuatrina según lo rezaba la partida de bautismo que habían traído de Murcia.

VII

Cuando la Barbalí tenía ya veinte años y era la moza más hermosa y de más dote de toda la gitanería de las dos Andalucías alta y baja, nadie, porque fuese blanca y rubia y aseñorada, dudaba ya de que fuese gitana.

VIII

Para llegar al cármén que estaba frente a la cueva del tío Labrito, había que bajar por un pendiente sendero que empezaba en el camino del Sacro Monte.

Un domingo había fiesta delante de la cueva.

Habían acudido los mozos y las mozas.

Lo más terne y lo más bonito del aduar.

Tocaba unas seguidillas en la guitarra el tío Labrito, con unas manos de plata, a pesar de que ya tenía sesenta años, y algunos antes se había quedado viudo, lo que le había achicado mucho, y su hija la Barbalí bailaba como una diosa con un buen mozo y repicaba unas castañuelas de granadillo, que de allí al cielo.

Parecía que un ángel se había bajado a bailar a las cuevas.

En aquellos momentos, un hombre joven aún, como de treinta años, distinguido, vestido de una manera elegante, con un bello traje de verano y acompañado de un hombre como de sesenta años, en cuya fisonomía se oía al curial, bajaba por el sendero que serpenteando por el repecho conducía a la plataforma donde estaba con su huertecillo la cueva del tío Labrito y por delante de la cual había que pasar para llegar al puente rústico que conducía al cármén.

Detrás de estos dos hombres, venía algo rezagado otro, que olía también que trascendía, a curial.

A causa de las accidentaciones de la ladera y del *cig-zag* del pendiente sendero, no se veían ni la cueva del tío Labrito, ni la plataforma ni por consecuencia la fiesta que en ella había y a la que asistía una cincuenta de gitanos, gitanas, gitanillos y gitanillas.

Pero si no se podía ver si se podía oír y la armonía y el jaleo del *cante* y del baile, subían sonoros por la vertiente.

De improviso el más joven de los que bajaban se detuvo y se quedó como extático.

—¿Qué le sucede a usted, señor D. Juan? dijo el escribano que tal era la profesión del que seguido de su alguacil acompañaba al joven.

—¿No oye usted, D. Cosme? dijo el llamado D. Juan que aparecía pálido y convulso.

—Sí que oigo, dijo D. Cosme: el que ha de ser su vecino de usted, y que es el depositario del cármén de que voy a poner a usted en posesión y su hermosa hija, se divierten como que es domingo.

Pero no veo motivo para la perturbación que se nota en usted.

—¡Esas castañuelas! dijo D. Juan cuya voz sonaba más trémula.

—Las conozco, dijo D. Cosme: nadie ni la mejor bolera del mundo, repica las castañuelas como ella, o los *palillos* como aquí se llama a las castañuelas.

—¡Esas castañuelas hablan! dijo más conmovido D. Juan.

Y había en su mirada algo de una vaga insensatez.

—¡Hablan! ¡hablan! exclamó el escribano con un acento singular en que había una expresión de conmiseración como a causa del estado mental de D. Juan.

—Sí, hablan un lenguaje que yo no puedo explicar a usted; un lenguaje sin palabras; el lenguaje del sentimiento.

—No comprendo bien.

—¿Usted no cree, que los dedos de un ser humano, tocando unas castañuelas transmiten algo del alma que los anima en el sonido que producen?

—Confieso que no veo muy claro.

—¿Cree usted que no revelamos en alguna manera nuestro ser moral en todos los actos de nuestra actividad?

—Confieso mi ignorancia, señor D. Juan; usted habla de cosas que yo no entiendo.

—La que toca esas castañuelas tiene el alma vehementemente.

—Eso sí: la Pepa tiene un alma ¡que ya! digo si la conozco: yo no tengo otros motivos.

—Un alma poética impresionable; y como generalmente la belleza del alma está en relación con la belleza del cuerpo, esa criatura debe ser ideal.

—Pues ha acertado usted señor D. Juan; Pepita es la mejor hembra que yo he visto en todos los días de mi vida.

—No es adivinar, es sentir, o lo que es lo mismo: tocar, ver.

—¡Pobre hombre! dijo para sí D. Cosme: ¡rematado! ¡chiflado!

Y luego añadió alto:

—Pero todo eso que usted dice, no es una razón para que nos estemos aquí clavados como si hubiéramos echado raíces.

—Es que me he sobrecogido, como si se hubiese apoderado de mí una influencia terrible.

Y se puso de nuevo en marcha.

—No hay remedio, dijo para sus adentros el escribano: ¡loco de remate!

Y le siguió.

El alguacil continuaba siempre detrás.

De tiempo en tiempo D. Juan se detenía un momento y escuchaba estremecido.

El repique de las castañuelas tan expresivo para él continuaba, crecía su sonido a medida que se disminuía la distancia.

Después de cada ligera detención, D. Juan volvía a ponerse en marcha con una rapidez creciente.

Poco antes de desembocar en la plataforma donde tenía lugar la fiesta, le costaba al escribano que ya era viejo una gran fatiga el seguir a D. Juan.

Parecía que el repique de las castañuelas le atraía como el imán al acero.

Al fin llegaron.

IX

A la vista de los recién llegados el tío Labrito dejó de tocar.

Se interrumpió el baile.

Callaron las castañuelas.

Se cortó el cante.

—¡Cómo, señor D. Cosme! dijo el tío Labrito que había salido al encuentro del escribano; ¿tanto bueno por aquí?

—Sí señor, tío Labrito, dijo el escribano: aunque hoy por ser domingo no es día hábil, vengo con este señor que es D. Juan de Santistevan a ponerle en posesión de su herencia.

—¡Pues por muchos años! dijo el tío Labrito; ¿con que sumercé, señor, es el sobrino de D. Pedro el que se murió no se sabe de qué? ¡Fué una lástima! ¡un tan buen sujeto!

D. Juan no contestó al tío Labrito, más aún: no le oyó.

Estaba absorto, como petrificado, con la mirada inmóvil contemplando a Pepa que le miraba con una picante extrañeza.

Había en ella algo de epigramático, de burlón.

Y sin embargo nada había de ridículo en D. Juan fuera de la emoción con que miraba a la joven.

—Este señor está algo tocado de la cabeza, dijo el escribano en voz baja al tío Labrito.

—¡Qué lástima! contestó en el mismo tono el gitano: pero si lo dice usted por lo de ahora a muchos les sucede lo que a él cuando ven por primera vez a la Pepa: se *chalan* y se les va el *pesqui* a paseo.

—¡Señor D. Juan! dijo el escribano tocando dulcemente en un hombro al joven.

Pareció como si este hubiera despertado de un sueño.

—Este amigo, le dijo el escribano, es el señor José Gargoles, alias el tío Labrito, uno de los testamentarios nombrados por el señor tío de usted, y al

que se ha nombrado depositario de la herencia, que es el cármén de los Avellanos, que se ve desde aquí al otro lado del tajo.

Don Juan arrojó sobre su herencia una rápida mirada indiferente y se volvió para mirar a Pepa que ya no se ocupaba de él.

En cambio un gitano buen mozo, como de veinticuatro a veinticinco años, encarnizaba su mirada fosca y malévolamente y claramente celosa y agresiva en D. Juan.

Este le recogió en una mirada sombría.

El gitano se puso pálido.

Empezaba un drama.

Pepa estaba hablando y riendo alegremente con otras gitanas vuelta de espaldas a D. Juan.

El escribano le llamó de nuevo la atención.

—Vámonos hacia el cármén le dijo; mientras llegamos el señor José irá por las llaves.

D. Juan siguió perezosamente a D. Cosme.

Parecía que la atracción de Pepa le retenía.

Entraron en el puente rústico.

En medio de él se detuvo D. Juan.

El profundo cajón, en el fondo del cual saltaba sobre las peñas el Darro, causaba vértigo.

Del agua al puente había por lo menos una altura de treinta metros.

—Magnífico lugar para acabar con la vida cuando no se pueda sufrir, dijo D. Juan.

—¡Cáscaras! exclamó aparte el escribano: pues este pobre está más malo de lo que parece.

Sobrevino el tío Labrito.

Traía una porción de llaves contenidas en una correa.

—Vamos andando, dijo: su mercé lo va a encontrar todo como lo dejó su señor tío: hasta la cama en que se le encontró muerto: yo no sé lo que dijeron los médicos que fué: pero yo digo que fué un *singulto* de que no volvió aunque yo le dí una untura fuerte de las que no dejan ni un pelo a un bicho.

Y gracias a que el buen señor tenía hecho testamento: ya se ve, como tenía la manía de vivir solo, no hubo quien le socorriera: y yo se lo tenía dicho: su mercé está muy cascado, señor D. Pedro, sería bueno que se quedase con su mercé uno de los mozos; el mejor día despierta su mercé en la *eternid*.

Entre tanto y habiendo atravesado la glorieta cubierta por el emparrado, el tío Labrito había abierto la puerta de la casa.

Entraron en el recibimiento.

En él no había mueble alguno.

En la cocina, que estaba a la derecha, no había el menor indicio de menaje.

A la izquierda había una salita con una alcoba.

Igual carencia de muebles.

Sólo un mal lecho en el dormitorio, junto a él una silla, al fondo un viejo armario.

Había además en la casa otras cuatro habitaciones todas también desamuebladas.

(Continuará.)

EL HADA DE LA FUENTE

I

D. Ferrando Laso Gonzalez de Castilla, llamado también el castellano de Monte Zamora, porque habitaba en una fortaleza situada a tres leguas de la ciudad de este nombre, regresaba un día de caza de cetrería, pero sin halconeros, llevando solamente un neblí posado en su hombro y un lebril que correteaba siguiendo al caballo de su dueño.

La tarde estaba hermosa y apacible. El sol, en su ocaso, desaparecía tras una banda de nubes purpúreas.

El cazador tenía sed, por cuya razón dejó la senda por donde caminaba, que conducía directamente a su castillo, entrándose en un bosque que había a corta distancia en donde él sabía que manaba una fuente. Estaba ésta situada en un sitio delicioso, sembrado de corpulentos nogales, en un pradillo tapizado de verde y oloroso musgo. Al aproximarse al manantial el caballero vió con sorpresa a una joven sentada en el rústico pilón y que vestida de blanco lino en nada se asemejaba a las campesinas de los alrededores de Toro ó de Zamora. Era la incógnita de rara y delicada belleza y parecía formada de rayos de luz y de gotas de rocío: tenía algo de diáfano y de sobrenatural: saludóla D. Ferrando quitándose el bonete y devolviéndole ella el saludo, diciendo:

—Bien venido sea el castellano de Monte Zamora.

—¿Me conocéis?—preguntó el caballero.—Huégome mucho de no ser un extraño para vos.

—Habitó cerca de aquí, y no lejos de vuestro castillo; os he visto varias veces ir ó venir de caza y he oído a vuestros monteros y halconeros repetir vuestro nombre.

—Que afortunadamente no habeis olvidado. Si fueseis tan amable que me dijeseis el vuestro, le retendría eternamente en mi memoria.

—Nadie ha pronunciado jamás mi nombre; quizá no le tengo en la humanidad.

—Excitais más y más mi curioso deseo.
—Puede seros peligroso.
—Amo el peligro y sobre todo si proviene de vos....
—Caballero,—interrumpió la incógnita poniéndose en pié,—fuerza es que os deje; ved la luna que aparece, vedla, porque nos conviene á los dos.

D. Ferrando miró á la luna creyendo observar en ella alguna particularidad. El satélite de la tierra salía de entre un grupo de nubes rojizas como una virgen de entre las cortinas de su lecho.

Durante el momento en que el caballero había contemplado al astro de la noche, la desconocida desapareció con gran sorpresa de aquél.

El caballero de Monte-Zamora era huérfano. La sangre juvenil bullia en él, y la necesidad de afecciones le atormentaba. La hermosura de la incógnita de la fuente, su voz melodiosa y sus miradas dulces como una caricia, le causaron profunda impresion.

Muchos días, á la hora en que el sol desaparecía, volvió D. Ferrando al manantial del bosque, con la esperanza de hallar á la que siempre tenía grabada en su imaginación; pero siempre en vano.

El misterio, el deseo contrariado, la soledad ociosa del campo, fueron causa de que una impresion fugitiva se convirtiese en verdadera pasión.

Una tarde, sentado al pié de uno de los nogales de la fuente y apoyado en un tronco, impulsado por sus amorosos pensamientos, exclamó suspirando:

—¡Ha sido un sueño, un hermoso sueño al que es preciso renunciar!

Al acabar de pronunciar estas palabras, oyó un acento melodioso que parecía como que cantaba dentro del manantial; las notas de aquella voz no se asemejaban en nada á las del ritmo humano; tenían la vaguedad de los sonidos que se pierden á lo lejos, y quizá pasando á través de la linfa, adquirían el penetrante titilamiento de los golpes dados en un cristal. Constituían una especie de armonía intelectual que halagaba directamente al espíritu sin tener necesidad de influir en los sentidos.

El caballero se puso en pié y se inclinó sobre la fuente, como buscando en su fondo el origen de aquel canto divino.

En el fondo del manantial no se veían más que blancas piedrezuelas diseminadas en la arena dorada.

Volvió al pié del árbol para sentarse de nuevo y ¡cuál fué su asombro al ver ocupado su sitio por la beldad, hasta entonces tan inútilmente buscada!

Una encantadora sonrisa vagaba en los labios de la incógnita.

—¿Qué teneis, caballero?—dijo ésta.—Estais preocupado como el que pretende explicarse un enigma.

—Acabo de oír un canto sobrenatural, como quizá no ha llegado jamás á oídos humanos y he querido indagar de dónde provenia; creería que de vos, si no os viera retirada de la fuente y silenciosa.

—Pues bien, yo era la que cantaba para distraerme.

—¿Vos! ¿Pero desde dónde?

—No seais curioso, caballero; la curiosidad satisfecha engendra el fastidio, padre de la muerte.

—Conoceros no sería morir y si vivir la vida del alma. Quien cual yo ama no muere jamás, porque tiene la eternidad tras de sí.

—¿Me amais, pues?

—Como los héroes aman la gloria y los santos el cielo.

La incógnita se quedó pensativa.

—Pues bien,—dijo,—si hablais con sinceridad, volved aquí mañana ántes de la salida del sol. Adios. No me sigais.

II

Al día siguiente en el momento del despertar de las aves, el castellano de Monte-Zamora se hallaba junto á los nogales de la fuente. Algunas pálidas estrellas brillaban aún entre los sonrosados vapores de la mañana.

La incógnita salió repentinamente de un grupo de cañaverales que se cimbrecaban cerca del manantial. Bañada por la indecisa luz del crepúsculo matutino estaba aún más bella, más diáfana, más impalpable, por decirlo así. Una corona de miosotis ceñía sus rubios cabellos que parecían estar adornados por las diamantinas gotas del rocío; llevaba un ramillete de verbena prendido al cinturón de gasa que rodeaba su esbelto talle.

Estaba rodeada de un halo luminoso, como las mado nas de los pintores italianos.

Por vez primera fijó en el caballero su límpida mirada, y éste observó entonces que los ojos que le miraban con insistencia tenían el color verde oscuro de las olas del mar.

Contemplóla mudo y como fascinado. Luégo tomó una de sus manos, que abrasó á besos y quiso prorumpir en palabras de amor; pero la incógnita puso un dedo sobre los labios del castellano, que se estremeció á aquel suave contacto, y le indicó que se sentara á su lado en el pilón de la fuente.

—Yo,—le dijo,—no soy hija de hombre, y mi morada es el recóndito cauce de este manantial. Los que han presentido mi existencia me llaman *el hada de las aguas*, y vivo dichosa mecida por las linfas y arrullada por la corriente....

—¿Os amo!—interrumpió vehementemente el caballero.

—¿Me amais? sea. Por vos abandonaré mi recinto de algas y de conchas nacaradas, despertaré al amor de la tierra, compensada por sus suaves emociones que pre-

siento desde que os he visto; pero tened en cuenta que nosotras sólo podemos sentir el amor de esposa....

—¡Mi esposa, sí, mi esposa eternamente adorada!

—Sabad también, castellano de Monte-Zamora, que vuestra afeccion hácia mí ha de ser tan pura como las aguas que nos han dado el sér, y tan firme como la hoja de vuestra espada.

—Más firme, amada mía; mi acero puede romperse en los combates.

—Un perjurio por parte de cualquiera de los dos ocasionaría vuestra muerte y mi intranquilidad eterna; porque nuestro dolor es, como nosotras, inmortal.

—¡Ah! no dudeis de mí; aun cuando quisiera no podría jamás seros infiel. Mi amor por vos no acabará nunca; porque el alma no tiene fin.

—Sea, pues. Acepto vuestro compromiso, que es un pacto. Os entrego mi anillo nupcial.

Y el hada puso en el dedo del caballero una sortija cincelada con una delicadeza que no igualará jamás el arte de los hombres. No pudo aquel contenerse; la estrechó á su corazón, y unió sus labios á los labios de ella; ambos sintieron el desprendimiento mutuo de dos almas que se compenetraban.

Acordado el día de la boda, se separaron cuando comienzan en los campos las rústicas faenas.

En la mañana de aquel anhelado día, cuando D. Ferrando entró en el gran salón de su castillo, vió sobre la mesa del centro tres primorosas bateas de oro repujado. Una contenía barras de plata, otra lingotes de oro y la tercera estaba cuajada de diamantes.

Era el dote del hada de la fuente.

Media hora despues presentóse esta; en su velo nupcial había rayos de sol, pétalos de flores acuáticas y aromas nunca aspirados.

Celebróse la boda, presenciada sólo por los servidores de la fortaleza y desde aquel momento la existencia de ambos esposos fué un encanto, un embeleso que no puede definirse ni expresarse en el lenguaje de la tierra.

III

D. Duarte, rey de Portugal, pidió auxilio á D. Juan II, monarca de Castilla, porque había sabido que el sultan de Marruecos aperecía una gran flota de desembarco, que amenazaba á Lisboa. El soberano español, preocupado á su vez por la actitud de Muley Hasan de Granada, que reconcentraba huestes junto á la frontera, no se decidió á ir él mismo en socorro de su hermano de Lusitania; pero queriendo en lo posible atender á su cuita, mandó á los castellanos de Fuensaldaña y de Monte-Zamora, que reuniesen sus mesnadas, y que se trasladaran al frente de ellas, al vecino reino, incorporándose á las banderas de D. Duarte.

La orden del rey cayó como un rayo en el castillo de Monte-Zamora; ambos esposos quedaron anonadados, pero no la discutieron. *Nobleza obliga* y rehuir los combates hubiera sido una vileza.

D. Ferrando reunió sus mesnaderos y desplegó su pendon que la castellana coronó con una guirnalda de miosotis. El momento de la despedida fué doloroso y al abrazar por última vez al caballero, la esposa que iba á quedar sola, le dijo estas solemnes palabras:

—«Acuérdate, Ferrando, de nuestro pacto. Si me eres infiel, si el amor por otra mujer penetra en tu corazón, estarás perdido para siempre. Yo podría perdonarte, pero *los Hados* no. Si llega este horrible extremo, una señal mágica te anunciará tu próximo fin; de todo mi cuerpo sólo volverás á ver mi pié derecho; y cuando le veas, todo habrá concluido.»

El caballero, por respuesta prorumpió en protestas de amor y de eterna constancia, y, dándose el último beso, ambos esposos se separaron.

La hueste castellana llegó oportunamente á Lisboa, pues la flota enemiga estaba ya anclada á alguna distancia de la ciudad. Componíase de cuarenta naos, mandadas por Tarik Abas, primo hermano del Sultán de Marruecos, y tripuladas por kabileños de la costa y piratas argelinos.

En Lisboa todo el mundo se había apercibido á la defensa. Las murallas estaban coronadas de gente. Las mesnadas de Saldaña y de Zamora obtuvieron el puesto de honor de guardar la playa.

Caía la tarde. Se observaban con ansiedad los movimientos del enemigo. Trascurridas las primeras horas de la noche, la zozobra se aumentó porque la flota marroquí había apagado sus fanales y se receló alguna estratagema. Con efecto, un mensajero llegado á la ciudad anunció que cuatro bajeles moros, forzando la ensenada de Moxla, arrojaban sus tripulaciones sobre la costa. El peligro era inminente; los jinetes castellanos corrieron al sitio del desembarque, y encontraron á las hordas enemigas poseionadas de una parte del litoral, haciendo señales para que se acercara el grueso de la flota.

Trabóse un combate encarnizado. El castellano de Fuen-Saldaña cayó herido en el primer encuentro y su mesnada se incorporó á la de Zamora. El caudillo español y los suyos hicieron prodigios de valor alentando el de los portugueses. Los africanos y argelinos peleaban á la desesperada, mas por fin fueron rechazados hácia el mar, teniendo que refugiarse en sus bajeles y dejando la costa sembrada de muertos. Las huestes desembarcadas eran numerosas y escogidas y aquella rota inesperada llevó el desaliento á la armada enemiga que zarpando al romper la mañana, desapareció en la lejanía como una bandada de espantadas gaviotas.

En Lisboa el júbilo fué inmenso. Toda la población

salió á recibir á los vencedores. Sabíase que la victoria se debía á las armas de Castilla, y cuando D. Ferrando entró en la ciudad al frente de sus mesnadas, una unánime exclamación atronó el espacio. El buen caballero llegó al palacio Real, con el arnés acibillado, perdida una greva, rotas las barras de la celada y partida la espada en tres pedazos.

El rey quiso abrazarle, pero el castellano le detuvo diciendo:

—No se manche de sangre V. A., básteos con la púrpura real.

La hija del rey, la bellísima infanta Orosia, miraba con emoción al héroe castellano.

IV

Tres días despues, cuando se supo en Lisboa que la flota marroquí había entrado en el puerto de Tánger, medio deshecha por un temporal, el rey llamó á su cámara á D. Ferrando y le dijo:

—Caballero: habeis salvado á mis Estados de una catástrofe inminente. La gratitud no se explica, se prueba; y para probar la mia al rey de España que os ha enviado en mi ayuda, y á vos, que en mi servicio habeis llevado á cabo tales hazañas, sólo hallo un medio digno de mi grandeza, cual es el de ofreceros por esposa á mi hija, la infanta de Portugal. Vos descendéis de condes soberanos en Castilla, pero aún no siendo así, vuestro singular esfuerzo os hace merecedor de la realeza.

Al oír estas palabras, el castellano de Monte-Zamora sintió un desvanecimiento. ¿Qué caballero puede rehusar la mano de una princesa real? ¿y de una princesa como Orosia, de tan peregrina é irresistible hermosura? Porque la infanta era irresistible con su imponente belleza y con sus ojos de un negro fascinador y deslumbrante; más bien que entre las verdes frondas de Cintra parecía haber nacido en el abrasado suelo andaluz.

La tentación era grande. El matrimonio de D. Ferrando y del hada no había sido divulgado por causa del extraño origen de ésta.

Titubeó aquél, mas al cabo encontró en la rectitud de su carácter el valor necesario para declarar la verdad al rey.

—Es un caso inaudito,—dijo el monarca,—y recelo que una influencia mágica pesa sobre vos. Mi buen limosnero el Arcipreste de Setubal nos sacará de dudas.

Hizo llamar al prelado, y enterado éste se expresó en los siguientes términos:

—Excepto los ángeles y los santos, sólo un espíritu puede influir en la suerte de las criaturas humanas; cual es el espíritu de las tinieblas. Los mitos antiguos y los seres elementales son aberraciones de imaginaciones extraviadas. Vos, pobre caballero, habeis sido engañado por Satanás bajo la forma de una mujer. ¡Que el cielo tenga piedad de vos! Vuestra alma está perdida si no conseguís sustraeros al maligno influjo en que estais envuelto; y sólo vuestra union con una esposa cristiana, nacida de mujer, puede obrar el milagro de vuestra salvación, ahuyentando á ese engañador fantasma.

El castellano de Monte-Zamora era supersticioso como todo el mundo en aquella época; la union con un espíritu precito le aterrorizaba; las razones del prelado eran de una verdad inconcusa. Además, mientras se verificaba aquella conferencia, el caballero veía por una ventana, á un lado á la infanta Orosia, que deslumbrante de hermosura paseaba con sus damas por el terrado, y en frente el soberbio puerto de Lisboa, cuajado de naves. El rey sólo tenía un hijo niño y enfermizo y la princesa podía muy bien heredar el trono.

Era aquello como la tentación del Thabor, y él un débil mortal.

Cedió por fin á ella, y su enlace con la infanta quedó decidido.

V

Llegó el día de la boda. Verificada ésta segun el ceremonial portugués, la desposada debía esperar en su morada y en su lecho la llegada del esposo. Las mujeres estaban excluidas del banquete nupcial, sin duda para que no restringiesen la expansión, un tanto libre, de los convidados.

La princesa, pues, no bien salió del templo trasladóse con sus damas al castillo de Cintra, en donde los cónyuges debían residir una larga temporada.

Poco despues del medio día, el rey y D. Ferrando, rodeados de los primeros caballeros del reino, se sentaron á la mesa del festín.

Este fué soberbio y alegre en extremo. El castellano, brindando con los más exquisitos vinos, sólo recordaba los fascinadores ojos de la infanta. Un mensajero que venia de España turbó por un instante aquella expansión. El intendente de Monte-Zamora participaba á su señor que la castellana había desaparecido de la fortaleza, ignorándose dónde se hallaba. Esta nueva conmovió á D. Ferrando, mas luégo se repuso, suponiendo que, segun las predicciones del Arcipreste, el espíritu maligno, viendo que se le escapaba su presa, había huido para siempre.

Continuó, pues, el banquete más alegre y más animado. Las copas se chocaban, los brindis por Castilla y Portugal se repetían. El castellano de Monte-Zamora, que cada vez pensaba con más insistencia en la princesa, que le esperaba, se levantó para brindar por última vez.

La copa vaciló en su mano, ahogóse la voz en los labios, porque enfrente de él vió un pié de mujer, un

pié arqueado y delicioso, que iba y venia rasando los tapices del muro.

Un sudor frío humedeció su frente, sintió como el estremecimiento de una pesadilla: la predicción del hada se había cumplido.

Trató de sobreponerse á su terror. Apuró de un sorbo la copa que tenía en la mano, abandonó precipitadamente la sala del festín y montó á caballo, y seguido únicamente de un escudero, tomó el camino de Cintra, buscando en el amor de su desposada, el olvido de su preocupación y quizá de sus remordimientos.

Cuando el rey le vió ausentarse, hizo un significativo guiño á sus convidados.

En el camino de Lisboa á Cintra hay un riachuelo que desemboca en el Tajo, y cuya corriente se atraviesa por medio de un puente de madera. El escudero portugués que guiaba á D. Ferrando quedóse sorprendido porque el puente había desaparecido, siendo así que horas ántes debió dar paso á la princesa y á su comitiva. Esto era una pequeña contrariedad, porque el río lleva tan poca agua, que permite vadearle, y es tan poco profundo que deja ver los guijarros del fondo. El castellano de Monte-Zamora metió su caballo en la corriente, mas apenas hubo llegado á la mitad, agitóse aquella, y creció súbitamente con la fuerza de un torrente desbordado. Perdió pié el animal; una tromba espumosa envolvió al jinete y á su escudero.

El agua fué subiendo con vertiginosa rapidez.

A los pocos momentos sólo se veían dos cabezas humanas que parecían flotar separadas del tronco.

Luégo, sólo se vió una, cuyos ojos espantados miraban al cielo por última vez....

Poco después el río presentaba su aspecto natural y las blancas parnasias se mecían blandamente en las verdes riberas.

F. MRENO GODINO

CRONICA CIENTIFICA

LAS ONDAS Y LOS OLORES

I

Los que permanezcan algun tiempo en bosques formados por árboles olorosos de una misma especie, observarán un hecho extraño: en ciertas direcciones aumenta la intensidad del aroma; en otras apenas puede reconocerse su existencia.

Cuando alguien se fija en el fenómeno atribuye su producción al viento, y en muchas ocasiones no se equivoca; las corrientes aéreas traen hacia nosotros enérgicas sensaciones olfativas siempre que aquellas no sean demasiado violentas, ó las llevan á otros puntos cuando se alejan soplando en dirección contraria: obran sobre los olores del mismo modo que ejercen su influencia en el sonido, y nuestros órganos perciben también mejor ó peor unos y otros según que la brisa camina desde el punto de origen hacia el observador ó en opuesto sentido.

Mas si con mayor detenimiento estudiamos los hechos, presto advertiremos que no es aquella causa la única que influye en la variada energía de los efectos: sobre la costa hay sitios donde apenas puede escucharse el monótono y casi uniforme ruido de las olas y sitios donde aumenta hasta parecer amenazador: siguiendo las orillas de muchos ríos y percibiendo de ordinario su continuo susurro, éntrase á veces en regiones, como la que se denomina cañada del silencio en el *Guadalquivir*, que bien claramente indica con su nombre el fenómeno que en ella se observa: en los bosquetes de naranjos atraviéanse determinadas direcciones que cambian á menudo, de un día á otro, y en ellas apenas se advierte aquel olor de azahar tan fuerte y embriagador en los demás sitios.

Observad primero el hecho ó recordadle en este momento, si le habeis observado, y preguntaos en seguida: ¿cuál podrá ser la causa de tal fenómeno?

II

Desde que pudo pensarse en el secreto de la propagación de los olores, y pretendió el hombre crear una teoría que la explicase, se hizo corriente admitir, sin más larga discusión, que pequeñas partículas desprendidas de la masa del cuerpo eran las que llegaban hasta nuestro olfato y nos impresionaban agradable ó desagradablemente.

Cosa parecida se pensaba también sobre las causas y agentes productores de mil fenómenos naturales.

La luz era una tenuísima sustancia que se difundía por todo el universo llenando los cuerpos que iluminaban mediante ella, conforme pudiera penetrar su masa diluísimo gas.



JUANA GRAY EN LA TORRE DE LONDRES

El calor caía en vaporosas cascadas desde los cuerpos calientes á los fríos, acompañando diferentes veces á su esplendente compañera y en distintas ocasiones aislado y solo.

La electricidad, ménos sencilla, debía su sér á la union de dos materias y se mostraba en toda la grandeza de sus fenómenos cuando aquellas accidentalmente separadas tendían á restablecer el equilibrio y á confundirse de nuevo en una misma masa.

¿Por qué, con mayor razon, no se habia de pensar lo mismo de los olores? ¿No se veía disminuir en muchas ocasiones la cantidad de esencia encerrada en un frasco al mismo tiempo que se perfumaba el ambiente?

III

Pero es el caso que al lado de estos fenómenos, expuestos según los indicados principios de dispersion material, existían otros cuya teoría jamás pudo establecerse sobre fundamentos iguales.

Los sonidos que se engendran en las cuerdas y placas proceden de movimientos semejantes á los de la péndola de un reloj, ejecutados por sus partículas.

La ondulacion de estos es propagada luégo al aire; éí la trasmite de capa en capa, y desplegándola en todas direcciones en ondas algo semejantes á las de la superficie de un estanque, las comunica á otros cuerpos que vibran también con el primero.

Así, la conmoción producida sobre el empedrado por las ruedas de un coche, hace sonar también los cristales de nuestras habitaciones; y al golpe fuerte dado en cualquier rincón de un cuarto, responde el apagado sonido de

los pianos é instrumentos de cuerda que haya en las salas vecinas.

¿Porqué el calor y la luz no han de ser algo parecido á esto? se preguntaron en varias épocas distintos físicos é investigadores. Pusieron en juego los medios que la ciencia posee para preguntar á la naturaleza, y luégo de tropezar con nuevos hechos incompatibles con la primitiva doctrina y en plena conformidad con esta, se dedujo que los rayos de calor y de luz se propagaban como los sonidos.

Más tarde, otro eminente sabio olvidado allá en los hielos de Suecia y Noruega, *Edlung*, demostró que á cierta forma de movimientos habia que atribuir también los hechos de electricidad, completando con los suyos una inmensa serie de trabajos realizados por diferentes físicos en el mismo sentido, y la de los descubrimientos que los coronaron.

Desde entónces no se teme tropezar con efluvios de materia luminica, térmica ó eléctrica; se piensa que todo se halla agitado por pequeñísimas oscilaciones que dan animación y vida al universo, y sólo se piensa que hay tenuísima y confusa mezcla de vapores que engendran sus aromas, conservándose para estos efectos la exclusiva aplicación y especial monopolio de la doctrina antigua.

IV

Debiéndose los olores á emanaciones materiales, según lo corrientemente admitido, hé aquí las principales consecuencias que deben ser en cada caso fáciles de comprobar.

Dando un cuerpo partículas para embalsamar el espacio, debe perder siempre algo de su peso.

Las sustancias más volátiles, aquellas que se difunden más fácilmente en la atmósfera, tendrán que ser las más olorosas y aquellas cuya presencia perciba más pronto el olfato.

Cuando haya en un mismo sitio dos, tres, cuatro orígenes de aroma, se percibirá éste dos, tres, cuatro veces más intenso en todos los puntos del espacio.

Estas son las más inmediatas, legítimas y necesarias consecuencias de la teoría material de los olores; estos los hechos cuya producción debia observarse á cada paso: y sin embargo, es lo cierto que acontece muy á menudo lo contrario.

Un grano de almizcle perfuma años y años una habitación y no pierde nada de su peso. Este hecho citado como ejemplo de divisibilidad de la materia, es ántes bien, según observa un físico americano, un dato en contra de la doctrina de las partículas olorosas.

Además, respecto á la segunda ley, es fácil recordar que no se cumple tampoco. Recordemos las variadas propiedades de dos ácidos de nombres bastante parecidos; el carbónico y el carbólico. El primero es gaseoso á la temperatura ordinaria, dentro del lenguaje corriente puede decirse que es más que volátil, y sin embargo, no huele: el segundo no se evapora hasta temperaturas relativamente elevadas, siendo, no obstante, penetrantísimo su olor.

Estos contrastes, que pueden multiplicarse en gran número, nos dicen que no son los cuerpos más volátiles los más aromáticos.

Lleguemos al último punto. Luz agregada á la luz, y sonido agregado al sonido engendran á veces, según se dice vulgarmente, oscuridad y silencio, porque siendo originados por movimientos pendulares, podrán ser de sentidos contrarios los que lleguen á un mismo punto del espacio procedentes de dos focos distintos, y neutralizarse uno con otro. Si aquellos fueran sutiles materias, no podría esto acontecer jamás, porque agregando una masa á otra resulta en todo caso la suma de las dos.

¿Qué acontece en esto con los olores? Los datos que citábamos ántes referentes á los bosquetes con flores de un mismo aroma revelan la existencia de un fenómeno parecido al que se presenta con el sonido y con la luz. Algun experimento más anuncia lo mismo. Si estudios más delicados lo confirman, habrá que admitir que la producción del olor en los cuerpos es debida también á un movimiento especial; y que no son pedazos de los pétalos de una rosa ó partículas desprendidas de un cadáver los que llegan á nuestro olfato para hacernos gozar ó causarnos repugnancia, sino ondas procedentes de pequeños movimientos que agitan también nuestros nervios en consonancia con ellas.

Esto parecerá á muchos peor en el primer caso y mejor en el segundo, pero será indiscutiblemente y siempre, más puro y más ideal.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON